

Viernes XXXII del TO
Ciclo A



17 de noviembre de 2023

Sab 13, 1-9

Sal 18

Lc 17, 26-37

P. Eduardo Suanzes, msps

En los tiempos en que fue escrito el Evangelio de Lucas, entre los años 70 y 80, la venida de Jesús es una promesa, pero todavía no se ve y se hace esperar. Así pues, no se cuenta todavía con ella en la vida, por lo que no hay que preocuparse ni molestarse. La vida sigue su curso normal y el ser humano se entrega al mundo. Y entonces es que Lucas trae a colación dos acontecimientos de la Historia Sagrada de Israel recordando alguna tradición de los dichos de Jesús.

Al comparar los días de Jesús con «los días» de Noé y de Lot, con esas imágenes tan extremas, lo que se está dando es una advertencia contra la dejadez y desidia. El núcleo de lo que en este trozo que hemos escuchado se dice es que el discípulo de Jesús no puede vivir en la indiferencia, porque la situación es tan seria como la del Diluvio o la de Sodoma. Se toman estos dos ejemplos, a mi juicio, no para subrayar lo catastrófico y demoledor de esos episodios (que eso no va con el espíritu de Jesús), sino la indiferencia ante la seriedad de la situación.

La situación del mundo actual es seria, muy seria, y no podemos vivir como si nada estuviera pasando. El Reino, según dice Jesús, ya está en medio de nosotros y el discípulo ha de comprometerse eficazmente en hacerlo patente, incluso con la COVID en medio de nosotros. Incluso en su compromiso con el medio ambiente del planeta. ¿Por qué no somos capaces de adoptar medidas claras y contundentes en la Conferencia sobre el Clima que se está celebrando en Glasgow, la COP26, y que precisamente termina el día de hoy? ¿Acaso la situación climática del planeta no es seria, muy seria? Pues nada...Una oportunidad más perdida, y la situación es cada vez más grave.

En estas advertencias de Jesús que habla del presente, pero que a la vez habla de su futura venida, para entenderlos correctamente no podemos separar el presente del futuro ni el futuro del presente. Porque esa última venida de Jesús, ese por-venir de Dios es una llamada que se dirige al presente y, al mismo tiempo, este presente es el tiempo de la decisión a la luz de ese por-venir de Dios. Por eso esas advertencias de «estén atentos y vigilen» que resuenan por todas partes en los evangelios¹.

Así las cosas, Jesús dirige sus advertencias al discípulo que se deja llevar por la rutina inerte de la existencia. Y nos dice que en el empeño humano por alcanzar la salvación el discípulo ha de poner «toda la carne en el asador». Por eso dice: «*El que pretenda conservar su vida, la perderá; en cambio, el que la pierda, la recobrará*». Es decir, que cuando uno se enfrenta a esa elección del presente que afecta al por-venir de Dios, señala, Jesús, tiene que

¹ GÜNTHER BORNKAMM. *Jesús de Nazaret*. Ed. Sígueme. Salamanca, 1975

preocuparse solo de lo esencial. En el orden humano, lo primario es la vida, accidental todo lo demás. De ahí lo perentorio de los avisos del Señor: «el que esté en la azotea que no se entretenga en retener aquellas cosas que dejó abajo; el que esté en campo, que no mire hacia atrás, tratando de encarcelarse con el deseo con todo aquello de lo que un día se liberó».

Algunos de los cadáveres petrificados que se encontraron entre las ruinas de Pompeya aferraban en sus manos bolsitas de dinero. Estos, cuando el Vesubio comenzó a vomitar lava, ceniza y piedras, en vez de huir inmediatamente, volvieron a sus casas para buscar sus joyas y sus ahorros... y allí quedaron. Pero no podemos hacer una lectura material de esto que está diciendo Jesús; tampoco se está hablando solo de la destrucción de Jerusalén en la que los cristianos a oír los rumores de la invasión de Vespasiano salieron corriendo para Perea². Una interpretación material no es suficiente³.

Ciertamente, si está hablando de la destrucción de Jerusalén más vale salir corriendo. Pero si está hablando del fin del mundo ¿a dónde huir dejándolo todo? Debemos, pues interpretar ese «huir» en sentido espiritual. Jesús pide liberar el corazón de todo deseo que no esté orientado hacia ese por-venir de Dios, que es lo que polariza el presente para la decisión del seguimiento. Y ya sabemos lo que significa, en el contexto de todo el Evangelio, «conservar» la vida o «perderla». En el lenguaje de Jesús, perder es ganar, y ganar, perder⁴.

Formalmente, la frase es una paradoja. Fundamentalmente expresa una evidencia: despojándose de lo que es su vida, el creyente encuentra la auténtica vida. Ello no impide que tal exigencia sea radical y que una parte de cada ser humano reaccione visceralmente contra tal doctrina. Aquel cuyo corazón esté apegado a lo terreno, que no logre desprenderse resueltamente de ello delante de Jesús no tendrá la vida. La mujer de Lot es para Jesús el ejemplo claro: ella estaba apegada a su posesión terrena, por eso miró para atrás viendo lo que había dejado físicamente, pero no en su corazón.

Las imágenes de dos en un mismo lecho en el que uno será dejado y el otro tomado, la de las dos mujeres en la molienda, siendo una dejada y otra tomada, nos hablan, por un lado, de enfrentamiento personal con ese por-venir de Dios: la salvación es algo que en última instancia se juega en lo más personal de cada uno; y, por otro, nos hablan de urgencia, de acontecimiento repentino, de inminencia en la que una persona estará preparada y la otra no.

Y esto es tan evidente en el mensaje de Jesús, es tan claro, como la presencia de la carroña lo es para los buitres. Con esta imagen tan extraña Jesús nos está diciendo que la cruz, el desapego, el estar dispuestos, el abrazarse a su mensaje, que es fuente de vida, ha de ser evidente y clara para el discípulo como para los carroñeros lo es la carne a distancia.

² Cfr. EUSEBIO DE CESAREA. *Historia Eclesiástica*, III, 5, 3

³ Cfr. MIGUEL ÁNGEL FUENTES, IVE. *Comentario al Evangelio de San Lucas*. Ed. Apostolado Bíblico. San Rafael, 2015

⁴ ...y en el lenguaje de San Juan de la Cruz: «para ir a lo que no soy tengo que ir por donde no soy». (*Subida al Monte Carmelo*. Avisos)